misma casa en tiempos antiguos, y bellamente restaurada por los custodios de Tierra Santa. Es de las más sencillas y de las que más nos han gustado de las muchas que poseen; pero es solamente una capilla de la antigua Basílica, edificadada por José, Gobernador de Tiberiades en el siglo cuarto, y reedificada de la destrucción de Córroes por los cruzados. Aún hay á la derecha, entre las cuatro ó cinco que yacen rotas por tierra, una esbelta columna de granito.

Los habitantes de Séphoris no estiman en nada, y acaso desconocen, la gloria sin igual de su ciudad, pues de 4.000 que son, solo hay cuatro ó cinco católicos, que oyeron ayer nuestra misa. Los demás son mahometanos fanáticos y de mala índole, mas no tanto aún como en otros tiempos, que no dejaban celebrar la misa sino *januis clausis*; mas ni en tiempos pasados ni en los presentes, los Padres de Tierra Santa han sido recibidos por aquellos moros salvajes como suelen serlo por los cristianos saturados de civilización en la Rambla de Barcelona.

En Séphoris nos hemos despedido del amable paisano nuestro, el P. Velázquez, que nos ha acompañado, y nos hemos dirigido hacia Khaipha á través de bosques de robles y tierras á medio labrar, donde se veían como en Hattine y Tiberiades, hace dos días, segadores que empuñaban una pequeña hoz, segando la cebada de un color rosado que tiraba á blanco. En los bosques veíamos levantar á derecha é izquierda del

camino vuelos de tórtolas, que deben ser las perdices de Palestina. Oimos una ave que canta y trina muy bien, mas en ninguna parte el ruiseñor, que solo hemos oído á orillas del Jordán. Al bajar desde la última montaña á los arenales de la marina, encontramos el pueblo de Chèpha-Amr.

El arenal que encontramos dos horas más abajo es de otras tantas de largo, pequeño mar del cual las montañas de arena son las ondas que suben y bajan como las de Bagur, empujadas y transportadas por los vientos. Hoy las mueve en torbellinos de abrasadora polvareda el sirocco, ó viento del Africa, mas por fortuna no hace más que empujarnos, pues como el sol, que la ayudaría á abrasarnos, nos viene de espaldas. Es una franja deslizada del desierto que va ensanchándose en Palestina, desde que ha merecido la maldición de Dios.

Ganada la orilla del mar, encontramos á la izquierda un bosque claro de elegantes palmas, y atravesamos el Cisón, que anguilea entre ellas.

Monte Carmelo, 16 Mayo.

Hacia la mitad del día más caluroso que hemos tenido en Palestina, llegamos á Khaipha, pueblo sentado al pie del Carmelo como Monistrol al de nuestro Montserrat. Lo más notable en él es su colonia agrícola prusiana, que trabaja admirablemente el pedazo

de tierra que separa la ciudad y el mar de la montaña. Son 500 protestantes: los católicos latinos no son tantos y tienen por párroco un P. Carmelita del Hospicio.

En su hermosa iglesia dedicada, no es necesario decirlo, á la Virgen del Carmen, hemos asistido al Mes de María con exposición del Santísimo. Los niños cantaron al són del órgano el *Tantum ergo,* Letanía Lauretana, que gusta mucho á los orientales, todo en latín, como el Ave-María en el Rosario que han rezado; lo que prueba una instrucción más completa que en todos los pueblos de Siria, donde esos cánticos y oraciones se hacen en árabe. Los niños son educados por los benditos Hermanos de la Doctrina Cristiana y las niñas por las damas de Nazareth.

Hasta entrada la noche no hemos salido de Khaipha, hacia el Carmelo, del que no debería hablar por no haberle visto sino á obscuras. No obstante, así y todo, ¡qué hermosa vista! El sirocco, que nos impelía aún con su mano de fuego montaña arriba, movía con fuerza los olivos y los algarrobos. Grandes nubes de anchas alas se miraban en el mar, pintando inmensas y negras sombras, que hacían resaltar, allá bajo, al pie de la montaña, la franja de espuma de la playa, y á la otra banda de Khaipha la franja de arena blanca como la espuma que se extiende en semicírculo hasta Tolemayda. La montaña obscura se hunde en el cielo azul, como una frente de cabello negro en una inmensa mitra bordada de piedras preciosas.

El Carmelo es verdaderamente digno de la nombradía que tiene, bajo cualquier aspecto que se le mire. Trono de la Virgen, á quien la Santa Escritura llama *decor Carmeli et Saron,* dió reposo á sus primeros adoradores, y desde su cumbre vió Elías levantarse de la parte del mar la nube que envió la lluvia fecunda y suave que pedía la tierra.

Según tradición, la Virgen en persona vino aquí con su santa madre, que tenía rebaños y una casa para sus pastores. Dejando aparte sus recuerdos innumerables, el Carmelo es la más hermosa de las montañas de la Tierra Santa; mira por una parte á sus pies todas las de Galilea, y por la otra el mar, de que la Virgen del Carmen es patrona desde tiempos remotos. El enorme faro que para guía de los navegantes hay delante de la iglesia, no es más que un símbolo. El verdadero faro de los navegantes, la Estrella del mar, es María.

El superior del Carmelo, P. Francisco, es español, como lo fué el P. Próspero del Espíritu Santo, que en 1635 fundó en el Carmelo la Orden que le debía el nombre que ya había llevado la bandera de su Patrona y madre á todos los pueblos de la tierra.

El convento es el más grandioso de Tierra Santa, mas no tiene tanto espacio como parece, por tener la iglesia en su centro. Esta es de estilo griego, en cruz, blanca é iluminada por una gran cúpula; dícese que ocupa el mismo lugar de la capilla edificada por los hijos de Elías *virgini parituræ.* En su centro, bajo

el mismo altar mayor, está la Cueva de Elías, convertida en la iglesia del Santo, sirviendo de altar una roca que le aprovechaba de lecho, según él mismo reveló á principios de este siglo á un religioso español. Elías es muy venerado por los griegos cismáticos, que en diferentes ocasiones quisieron apoderarse del convento, y, lo que es más extraño, por los moros, que le tienen un poco de voluntad mezclada de un grande temor. En esa cueva santa he tenido la dicha de celebrar la misa, á las cuatro de la mañana, una hora antes de dejar esa montaña y sus lugares sagrados, sin conocerlos.

No he podido ver la cueva llamada Escuela de los profetas, donde Elías interpretaba á sus discípulos las Sagradas Escrituras, y donde dicen que pasó algunos días la Sagrada Familia, viniendo de Egipto. No he podido ver el Valle de los Mártires, regado con sangre de los PP. Carmelitas, ni el jardín de Elías, donde se encuentran los célebres melones de piedra; no he podido acercar los labios á la fuente que brotó de entre las secas rocas á los ruegos del gran Profeta.

A las nueve de la mañana, siguiendo siempre la orilla del mar, llegamos á San Juan de Acre. Antes de arribar se encuentra, como en Khaipha, un río abundoso y un palmar.

Sus murallas son de tierra, á la moderna. El interior está lleno de ruínas de edificios antiguos, mas no hay nada monumental; del ancho asperón del puerto que recibió las escuadras de los cruzados, no restan

sino trazos perdidos entre las ondas, que sepultaron tantas naves, tantos brazos y corazones de hierro y tan gloriosas esperanzas.

A las diez partimos hacia Beyrouth, en el vapor *Iberia*, que capitanea un catalán del Rosellón, Calixto Sagols, de Bañuls.

Tyro y Sidón, las hijas del mar, pasan á nueve horas de distancia la una de la otra, ante nuestros ojos, como fantasmas de otros tiempos que surgen de entre las arenas del mar, digna tumba donde fueron enterradas.

Una y otra recibieron la visita de Jesucristo. En Tyro dijo á una mujer pagana que le pedía la curación de una hija suya: «Dejad por ahora comer á los hijos; pues no es necesario tomar el pan de los hijos y arrojarlo á los perros.»

«Es verdad, señor, repuso ella: no obstante, los cachorros comen bajo la mesa las migajas de los hijos.»

Entonces Jesús le dijo: «A causa de esa palabra, id; el demonio ha salido de vuestra hija.»

Muchas hijas de Tyro siguieron á Nuestro Señor, mas no dejaron de cumplirse las terribles profecías de Isaías y Ezequiel. «Oh, Tyro, exclama este profeta (cap. 27), tú dijiste: Yo soy de una perfecta hermosura. Estoy sentada en medio del mar. Tus vecinos que te edificaron no han olvidado nada de lo que puede embellecerte.

Te construyeron de abetos de Sanir, con tus en-

tablados á estilo del mar. Para hacerte el palo mayor cortaron un cedro del Líbano.

Dolaron (1) las encinas de Basán para hacerte remos: marfil de las Indias gastaron en tus asientos: materiales de las islas de Italia para hacer tus cámaras.

De lino de Egipto finísimo de diferentes colores se ha tejido la vela de tu palo: el jacinto y la púrpura de las islas de Elisa hicieron tu pabellón.

Los habitantes de Sidón y de Arad fueron tus remeros: tus sabios ¡Oh Tyro! te sirvieron de capitanes.

Los ancianos de Gebal y los más hábiles te dieron gente para tu servicio...

Los persas y los de Lydia y los de Lybia eran soldados de tu ejército, y en tí colgaron sus escudos y capacetes por ornarte.

Los aradianos con sus tropas estaban al rededor de tus muros; y los pigmeos que coronaban tus torres han colgado en la muralla sus aljabas, para completar tu hermosura.

Los cartagineses que comerciaban contigo, llenaban tus mercados de toda clase de riquezas, de plata, de hierro, de estaño y de plomo.

La Grecia, Túbal y Mosoch negociaban contigo, trayéndote esclavos y artefactos de cobre.

Tu comercio se ha extendido por todas las islas.

(1) *Dolaron*, del latín *doleverunt*. Consérvase este verbo con el sustantivo *doladora*, hacha grande que no dejan los aserradores de la Guillería.

Los pueblos de Judá y de Israel también traficaron contigo y trajeron á tus mercados el mejor trigo, bálsamo, miel, aceite y resina.

Las naves entretuvieron tu principal comercio. Tú fuiste rica y hermosa en medio del mar... mas el viento de Mediodía te ha hecho pedazos, *contrivit*, en medio de las aguas.»

Beyrouth, 16 Mayo.

Parece, tomando la comparación de un gran escritor de Tierra Santa, una hermosa sultana recostada sobre un cojín verde, contemplando las ondas en su soñadora indolencia. Es una ciudad asiática que se disfrazó, ó mejor dicho, se convirtió en europea, con sus edificios, costumbres, trajes, lengua, y, sobre todo, con su movimiento. Puerta de Damasco y puerto principal de Syria, va haciendo suya toda la vida comercial de esa extensa región y de un maravilloso crecimiento, á pesar de las trabas que le opone, como á todo lo que tiene vida propia, el gobierno turco.

Es una ciudad antigua sin monumentos. Sus principales iglesias son: las de los PP. capuchinos, franciscanos, lazaristas, griegos y armenios católicos.

Lo que es muy digno de visitarse es la Universidad, levantada, hace algunas años, por los PP. Jesuitas, para hacer frente á la Universidad americana, que amenazaba protestantizar aquel país. Consta de tres

cuerpos principales, la iglesia con la Universidad á una parte, y el Seminario á la otra, divididos por dos grandes patios y unidos entre sí por la parte del edificio destinada á los Padres de la Compañía y catedráticos.

El Seminario y la Universidad tienen vida independiente uno de la otra: y sus respectivos estudiantes no se ven, pues hasta para los actos religiosos tienen capillas aparte.

Hoy, por ser la fiesta mayor dedicada al Patrocinio de San José, los he visto reunidos en la iglesia grande, en la bendición solemne. ¡Qué gozo daba ver 600 estudiantes, de todas partes, de todo color, pues los hay blancos y negros, procedentes de todas las religiones, cismáticos, moros y hasta judíos, arrodillados ante el Santísimo, haciendo resonar con el *Tantum ergo,* aquella elegante y espaciosa nave de piedra! ¡Qué entusiasmo religioso denotaban aquellas tiernas voces y qué recogimiento se veía en aquellas caras, animadas al mismo tiempo por el fuego de la vida y el ardor de la juventud! Después de la función religiosa se han ido á esparcirse con la representación, hecha por ellos mismos, de un drama árabe, en un teatrito construido dentro de la misma Universidad, mientras las mujeres de la ciudad celebraban en el templo el mes de la Reina de las flores.

En la misma Universidad se sostiene una imprenta árabe, donde trabajan 70 operarios, estampando libros de devoción, los únicos que se ven en Oriente, y

un periódico. Una de las muchas obras que se han publicado, es la Biblia, y otra de las que se publican, la Suma de Santo Tomás en árabe.

Entre los seminaristas hemos visto algunos monjes maronitas y otros tantos jóvenes destinados al ministerio sacerdotal en aquella montaña, baluarte de la fé.

Esta Universidad es digna de la Orden que la sostiene y es, sin duda alguna, la batería más fuerte que la religión católica ha preparado en Oriente contra el protestantismo.

Beyrouth, como hemos dicho, no tiene monumentos, pero tiene historia; solo de ella citaremos un hecho, no porque sea desconocido, sino porque se ha reproducido en otra forma en nuestros días.

Un cristiano que vivía cerca de la Sinagoga, tenía un Santo Cristo colgado en la pared, cerca de su lecho. Vendió la casa á un israelita y éste, poco tiempo después, invitó á sus amigos á una comida. Uno de ellos, habiendo apercibido la imagen de Jesús Crucificado, acusó al nuevo propietario de mal judío y fué á quejarse á los rabinos. Estos y los ancianos del pueblo vinieron rodeados de una multitud, se apoderaron del crucifijo y dijeron: «Nuestros padres le han cubierto de injurias, hagamos nosotros lo mismo.» Le escupieron, le dieron golpes y renovaron, en cuanto les fué posible, todo lo que el Salvador había sufrido en su pasión. Mas cuando le atravesaron el costado, salió de él sangre y agua. Habiéndolas recogido en un

vaso, se dijeron unos á otros: «Los partidarios de Cristo dicen que ha hecho todo género de milagros; llevémonos este vaso á la Sinagoga y derramemos esta sangre sobre los enfermos. Si es verdad lo que cuentan de Jesucristo, todos serán curados.» Llevároнse el vaso á la Sinagoga, y su contenido hizo un gran número de curaciones sobre ciegos, tullidos, leprosos y todo género de enfermos. Viendo esto los judíos pidieron perdón de su falta y se convirtieron á nuestra santa religión. La Sinagoga fué transformada en iglesia y consagrada á Nuestro Señor Jesucristo.

El aniversario de este hecho se celebra aún el 9 de Noviembre. De la sangre que brotó del costado de Jesucristo, el Obispo de Beyrouth envió alguna cantidad á diversas catedrales, en pequeñas bolas, una de las cuales se conserva en el tesoro de Santa María de Venecia. Dos casos que han tenido lugar en Beyrouth, esta primavera, denotan que el fanatismo y quimera de los judíos contra Jesucristo y sus perseguidores están vivos y arraigados como nunca.

Habiéndose apercibido una mujer de que un judío llevaba dentro de un saco alguna cosa que se movía: —¿Qué lleváis ahí?—le dijo. Él, sin responder á la pregunta, echó á correr escapado; la mujer gritó, y el judío, lleno de miedo, dejó el saco, donde encontraron una criatura, hija de padres cristianos, seguramente destinada al sacrificio.

En el otro caso ya se había ido más allá. Los vecinos de una casa en que solían reunirse los

judíos, oyeron gritos de una criatura. Sabiendo que allí no había niños, preguntáronse azorados, unos á otros, qué podía ser aquéllo, y fueron á empujar la puerta de la casa, mas la encontraron cerrada. Obligados por maliciosa sospecha, la echaron á tierra, y hallaron un hermoso infante, atado en una cruz y ya desangrado.

En una ó en otra parte, todos los años se beben la sangre de un niño cristiano; y es que dudan si ha venido el verdadero Mesías y si lo es Jesucristo, y por eso, en caso de haber realmente venido, mediante esta sangre, que convierten en substancia propia, creen los crueles fanáticos hacerse partícipes de sus promesas redentoras.

En los alrededores de Beyrouth se encuentra el lugar en que, según una antigua leyenda, quedó el dragón vencido por San Jorge.

Camino de Damasco, 16 Mayo.

A las seis de la tarde salíamos en el coche-diligencia por el camino de Damasco. Como era día de fiesta encontramos las cercanías de la ciudad llenas de paseantes que iban ó venían de fuera, ni más ni menos que en Barcelona á aquellas horas. Aquella parte de Beyrouth es bonita, muchos de aquellos campos son de regadío y están llenos de moreras de ancha hoja y de verdes y frondosas viñas.

Un bosque de pinos que cubre aquellas cimas, que nos recuerdan el Tibidabo y San Pedro Mártir, baja hasta el pie de la ciudad. Estas cumbres están, sin embargo, más lejanas y son más elevadas que las que sirven de respaldo á la ciudad de los Condes, y están coronadas de pueblos; son como la repisa de las montañas del Líbano, que vamos escalando con calma, dando vueltas y rodeos, y mudando cada hora de cabalgaduras. El paisaje cambia á cada pliegue de la sierra, dominado siempre por la nevada cresta. Chtova es la estación que promedia el camino y á la cual llegamos de noche. A la vuelta contemplamos la agrisada luz de la luna que inundaba los verdes prados, por entre dos filas de álamos altos y hermosos de la carretera. El aneroide de mi querido compañero de viaje, el Doctor Almera, marca en algún punto la altura de 1.880 metros sobre el nivel del mar, es decir, que hemos subido á la altura del Montseny. Bajando de la montaña se encuentran trozos de terreno de gran aspereza y aridez; más al llegar á la llanura, el río Barada que se acerca de pronto á la carretera, cambia la decoración, vistiendo de verdor las dos vertientes de su hermosa ribera y acompañando al admirado viajero á las mismas puertas de Damasco. Los álamos y los sauces son los árboles que predominan, notándose entre los últimos una variedad más pequeña, semejante al de hoja blanquecina, cargado de flores, pequeñas y amarillas, de regalado aroma. Un vástago que, á la vuelta, tomé desde el coche, bajo la casa donde murió Abdel-

Kader, al pasar junto á sus jardines, ha dejado en mi cartera el delicado olor del cinamomo. Hermoso sitio escogió para pasar los últimos años de su vida y para morir el gran guerrero. Desde allí el Barada, dividiendo su curso, deja desparramar algunos brazos por el declive de la sierra, y como los riegos son obra mora, dejan descuidados escapar el agua por algunas partes, en improvisadas cascadas, como arregladas por la mano de la naturaleza.

Damasco, 17 Mayo.

El secreto de la larga y siempre afanosa vida de Damasco está en su posición geográfica, y en el agua, que desde una garganta del Líbano le baja el río Barada, y que, dividida en mil riegos y canales la refresca, fertiliza y embellece maravillosamente.

Una tradición pone en este oasis el Paraíso terrenal, y los árabes, en su entusiasmo, hasta señalan el sitio de donde Dios Nuestro Señor tomó la tierra para formar el primer hombre.

Cuando llego á la población ésta no me produce la impresión que esperaba; las calles están llenas de barro por acabar de llover; y lo primero que he visto yendo al convento de los PP. Franciscanos, es el mercado de los asnos y después el de los caballos.

Los Franciscanos son todos españoles, y nos reciben, como suelen hacerlo en toda Palestina, con los

brazos y el corazón abiertos, ni más ni menos que si fuésemos hermanos suyos. La iglesia fué edificada después de la matanza de los frailes y cristianos del año 1860, en que la antigua fué devorada por las llamas; la levantó el venerable P. Enrique Rico, valenciano, que ha pasado 55 años en Tierra Santa, y como el Gobierno turco les apremiaba, se edificó sin arquitecto ni maestro de obras, y lo que es más extraño, sin plano. La ropa de la sacristía lleva la marca de España, y la joya y principal adorno del altar mayor es un gran cuadro, regalo de doña Isabel II, representando la caída de San Pablo, cuando oyó la voz de Jesucristo que le gritaba: *¿Saulo, Saulo, quid me persequeris?*

La primera excursión (tanto vale), la hacemos al teatro de tan grande escena, donde leemos el cap. IX de las Actas de los Apóstoles. Nada la recuerda allí en aquel arenal que el sol abrasa, convertido hoy en cementerio cristiano, sino el signo de la cruz sobre las tumbas de mármol de algunos católicos que se hacen enterrar en él. Que esos mármoles y esa cruz sean prenda de algún monumento que la posteridad levante en aquel lugar, donde el enemigo de la Iglesia que iba á Damasco, *spirans minarum et cœdis in discipulos Domini*, se levantó Apóstol de las gentes.

18 Mayo.

Hoy celebramos misa en la casa de San Ananías, de la cual resta aún una habitación subterránea, convertida en capilla por los Custodios de Tierra Santa. La bóveda que la cubre está tan vieja, ahumada y roída por el tiempo, que propiamente parece de roca. Al primer toque de la campana han acudido á la Misa los vecinos, que hasta los moros tienen por abogado de la vista al Santo que la devolvió á San Pablo, haciendo caer de sus ojos como escama *tamquam squamæ*.

No ha sido tan afortunada la casa de San Pablo, *in vieo qui vocatur Rectus*, recto aún hoy, bien que no tan adornada como en tiempo de los romanos, pues está convertida en mezquilla llamada *Mezquita de Judas*. El santón por un *bakchiche* deja entrar á los cristianos para verla y rezar en ella, y les enseña una antigua piscina, donde, según él, fué bautizado el gran apóstol, y que sirve hoy, ¡malhadada! para las abluciones de los musulmanes.

Un cuarto recuerdo guarda aún esta ciudad de San Pablo, al que se refiere él mismo en los versículos 32 y 33 del capítulo XI de su carta á los corintios.

Damasci, præpositus gentis Arretæ regis custodiebat civitatem Damascenorum ut me comprehenderet.

Et per fenestram in sporta dimisus sum per murum, et sic effugi manus ejus.

Este muro, de sólida fábrica romana, se conserva todavía, y se enseña aún el torreón desde donde le bajaron en un cuévano.

La Compañía de Jesús ha adquirido la casa de San Juan Damasceno, de la que aún se conservan un arco y la habitación donde nació. En ella quieren hacer una iglesia, que estará muy bien situada en el centro del barrio cristiano.

¡Encuentre este gran Santo, gentil flor de Damasco, nuevos vástagos de santidad en su patria, tantos siglos ha dominada por la media luna, y, bendiciéndola desde el cielo, logre su difícil conversión!

Pasando por delante de una pequeña mezquita, el dragomán católico que nos acompaña nos muestra dentro, por una ventana, no sé con qué fundamento, el sepulcro de San Simón Stilita.

Será una tradición como la de que en la Gran Mezquita guardan la cabeza de San Juan Bautista dentro de una cajita de oro.

La Gran Mezquita ocupa el sitio de un gran templo que estaba rodeado de una altísima columnata, de la cual quedan dos fragmentos; uno de ellos, que era un portal, se puede ver aún con sus tres columnas por banda, más altas que las de la calle del Paraíso de Barcelona, con una inmensa arcada, que se puede ver aún desde el bazar de los argenteros, y más de cerca, desde unos terrados, donde subimos.

Sobre el templo romano edificó la iglesia cristiana Arcadio, hijo de Teodosio, en 395, pero los musulmanes se apoderaron de ella y la convirtieron en mezquita en 705. En una de sus puertas, forradas de bronce, se ve aún un cáliz grabado, de pie pequeño y corto y de ancha copa, parecido á otro muy antiguo que conservan en Nuria. En su copa lisa están grabados dos pequeños cálices de la misma hechura, que no sé lo que pueden significar.

Sobre la puerta del E. se ve, acompañando una cruz, esta inscripción griega: «Tu reinado, oh, Cristo, es un reinado eterno, y tu reino dura á través de todas las generaciones.»

Uno de los tres minaretes, el más parecido á nuestros campanarios, se llama *Medinet Isa* (Minarete de Jesús). ¿Volverá á ser la mezquita templo de Jesucristo? Dios lo sabe, pero por ahora nuestra religión avanza poco, si no retrocede, en Damasco; pues por el fanatismo de sus habitantes, han huído muchos católicos y cristianos de todas sectas, desde las matanzas de 1860, y ahora viven en un barrio aparte, cerca de la muralla, por donde fué descolgado San Pablo, preparados á seguirle en cuanto la tempestad amenace. No obstante, el fanatismo musulmán mengua cada día. En medio del gran patio de la mezquita, sostenida por dos filas de columnas, hay una casita donde creen los moros que se conservan los vasos sagrados y todo el tesoro del templo cristiano, tal cual fué dejado allí, al tomar ellos posesión.

El sepulcro de San Juan está dentro la antigua Basílica; es de mármol, cubierto de seda bordada y rodeado de una balaustrada de bronce dorado.

Yendo á ver el barrio Meindan, en el ensanche de la ciudad, pasamos por cerca de la mezquita Djamaï-es-Senâmych, que tiene un gentil minarete cubierto de ladrillo verde.

Es notable el convento de los derviches y la mezquita donde se reunen todos los jueves para efectuar sus extrañas evoluciones. Tiene dos anchos patios rodeados de columnas de mármol. En uno de ellos, rodeado de habitaciones gratuitas para los pobres, donde se les reparte la comida diariamente, hemos visto una niña de catorce años, circasiana, tácitamente destinada á la venta por sus mismos padres!

La tumba de Saladino está en una pequeña mezquita; era de madera ricamente labrada hace cuatrocientos años, como la de su visir que estaba á su lado; mas sus descendientes han tenido el mal gusto de deshacerla para cubrirla de magníficos mármoles, pero sin arte. Está cubierta con un gran tapiz, y en la cabecera hay un gran turbante verde y una bandera roja.

Siguiendo el Baradá abajo, hacia la ciudad, se encuentra cerca de una calle, un plátano de 12 metros de circunferencia. Dicen muy seriamente los musulmanes, que lo plantó el profeta Alí, al pie de una fuente que hizo brotar de tierra de un golpe de lanza. Le llaman el Árbol Santo, y al anochecer le iluminan

con una pequeña linterna triangular que cuelgan de sus ramas.

Visitamos dos casas, una cristiana y otra judía; su puerta de entrada y el corredor que la sigue son sencillos y pobres como los de cualquiera otra de la calle; aquello es una máscara fea que oculta una hermosa cara. El corredor desemboca á un patio enladrillado de mármol, con un bello surtidor en el centro, que deja caer sus aguas en una alberca rodeada de tiestos de flores, de palmitos y rosales sombreados por algún naranjo ó desmayo. En una de las cuatro paredes, pintadas ó cubiertas de mármol, se abre un estrado, cubierto con una bóveda apuntada y rodeado de un diván. Este aposento tiene otro á un lado, cubierto el piso y las paredes de mármoles de varios colores, donde la graciósa línea arabesca juega con los colores de oro y plata y piedras preciosas, que adornan también y enriquecen maravillosamente el techo. El piso es de desigual altura; en la parte baja, destinada á los esclavos y criados, hay también una pequeña piscina de donde brotan dos ó tres hilos de agua, llenando de murmullos la habitación, y en la otra, cubierta de tapices de Persia y bordados orientales, están sentados los señores fumando el narghilé ó tomando café en tazas tan pequeñas como cáscaras de avellana.

Es digno de ser visto por su situación el café de Hamara; está rodeado, como una isla, de las aguas del Baradá, á la otra parte de las cuales se vé el trozo más hermoso y monumental de la muralla, hecha por

los moros y adornada con frases del Corán, con caracteres cúficos.

Las costumbres y vestidos orientales se conservan aquí con alguna pureza. Las mujeres, como las de Jerusalem, van cubiertas con un gran manto blanco y se cubren la cara con un velo. El traje de los hombres es tan bonito como variado; he visto algunos beduinos, que no deben ser pobres, vestidos con pieles de gacela. Dícese que sus mujeres y todos los de su tribu van vestidos así.

En los bazares de tapices de Persia, sederías, pitas y bordados de Damasco, se ven inapreciables y bellísimas. En las ropas, como en los muebles y en las habitacienes, combinan las líneas en infinitas variantes, produciendo maravillosos efectos.

Cerca de la Gran Mezquita está el bazar ó calle de los tapines ó chinelas. El lienzo ó cuero bordado está clavado á una sola madera de caoba, que descansa sebre dos travesaños, más ó menos altos, según la dignidad de que goza en la casa la mujer que los compra. Los hay de palmo y medio de altura, de modo que deben caminar como sobre chanclos. De incrustaciones rameadas de nácar, no hay más que pedir.

Antes de decir adios á la ciudad, quisimos verla desde el Salgíe, punto que desde el pie de una montaña domina de cabo á cabo aquella fértil y hermosa llanura, verdadero oasis, por el cual deben suspirar los árabes atravesando los desiertos de la Siria.

Salimos á las seis de la tarde en diligencia, donde encontramos al más pequeño de los hijos de Abdel-Kader, en quien respetuosamente saludamos la sombra de su padre, tan grande en las guerras de Argel contra los franceses, como en la matanza de 1860, protegiendo, ocultando en su casa y amparando con su bandera y con su nombre á los cristianos perseguidos.

Desgraciadamente sabía él tan poco de italiano y francés, idiomas con que intentamos hablarle, como nosotros de árabe, lengua con que nos respondió. Mas no dejó de complacerle nuestro respeto y admiración por su padre, de quien le hablábamos, cabalmente al pasar por bajo la hermosa casa de campo donde murió.

Egipto, 19 Mayo.

Nos embarcamos en Beyrouth en el vapor *Minerva*, del Lloyd austriaco. En él encontramos al Patriarca de Jerusalem, que venía de Chipre, donde había ido á restablecer, después de Pascua, su salud perdida. Nos habló de sus 24 misiones, allende y aquende del Jordán, y del fruto que sus misionistas alcanzan en esta parte de Palestina, que había sido cristiana, donde existen razas anteriores á la dominación arábiga, que guardan como un débil recuerdo del Evangelio mezclado con cierta veneración á Mahoma. Se

lamentó de la falta de obreros en su gran viña, la primera y más inmediatamente plantada por Jesucristo. Nos hizo partícipes de sus esperanzas en el porvenir de aquel país y de su temor de que, con la civilización europea, vengan la corrupción y la duda á arrancárselas en flor. Nosotros le digimos el afecto con que guardábamos y llevábamos á Europa la palma que recibimos de su mano el domingo de Ramos, antes de dar tres vueltas, delante de él, al Santo Sepulcro. Nos despedimos en Jaffa recibiendo su bendición.

El día 25 arribamos en el mismo vapor á Alejandría, habiendo tocado el día antes á Port-Said.

Alejandría, 25 Mayo.

Llegamos al convento de Santa Catalina después de las doce, y es el único día del viaje en que no he podido celebrar la Santa Misa.

En la ciudad de los Ptolomeos no hay nada que recuerde su biblioteca de 500.000 volúmenes, ni su Gimnasium. De su célebre Pharum, que dió su nombre á todos los demás, y estaba construído en figura de torre, que se estrechaba á cada piso, hasta la altura de 400 pies, dícese que se descubren algunos restos en el fondo del mar, en los días de bonanza.

Su monumento más notable es la columna llamada de Pompeyo, pero que fué erigida en honor de

Diocleciano. Su elevación es de 30 metros; la de su base, de granito rojizo y liso, es de 22 metros, por 9 de circunferencia.

Allí mismo estaba el Serapeum ó templo de Serapis, sin igual, después del Capitolio de Roma, y fué el lugar donde se dió la última batalla entre el cristianismo naciente, ya dueño del mundo, y el paganismo agonizante. Mientras los dos partidos estaban con las armas en la mano dispuestos á embestirse, leyóse el decreto imperial que mandaba la destrucción de los ídolos. Son interesantes las vistas del canal del Nilo, de las mezquitas y la del puerto y jardines coronados de palmeras.

El templo de Santa Catalina es grande y espacioso y tiene en su altar mayor un gran cuadro de la Santa disputando con los doctores del paganismo.

Allí se predica, se enseña la doctrina los días festivos en maltés, italiano, francés, árabe y en alguna otra lengua, por otros tantos Padres Franciscanos, que sirven de párrocos á las diferentes nacionalidades. Entre ellos hemos encontrado tres españoles, uno de ellos de Barcelona, únicos que hay en la ciudad, esceptuando una familia.

26 Mayo.

A medio día salimos de Alejandría, por el primer camino de hierro construido en Oriente.

La tierra es pelada y triste, y aquí y allá se esconde bajo una capa de agua salobre, por donde á veces se mete el tren y se arrastra como una formidable serpiente de agua que nos amenazase con alguna de las suyas.

Después el paisaje se anima y la naturaleza del Delta comienza á insinuarse: la llanura se prolonga y se extiende por todas partes sin el límite de una montaña grande ni pequeña, dividida como un mosaico, en verdosos huertos, húmedos prados y estancados arrozales, que aran los negruzcos búfalos con agua hasta la rodilla, como el felláh medio desnudo que los aguijonea. Es la primera vez que veo ese feo animal, más bien anfibio, puesto por la Providencia aquí, donde el buey, y sobre todo el camello, compañero del árabe, son inútiles. Pasa las horas de reposo pastando en el prado, revolcándose en el fango ó nadando en el canal, donde se le ve asomar solamente parte de la cabeza para respirar. Tiene dos astas caídas hacia atrás, y no sé si diga aplanadas sobre el lomo, mas su cuello es tan flexible que, cuando embiste, baja la cabeza hacia su pecho, y llega á apoyar sus terribles astas sobre la tierra, pudiendo recoger con ellas un pañuelo.

No se ve una espiga de trigo en los campos, todo está tendido sobre las eras, donde los búfalos ó los bueyes, ó unos y otros en buena compañía, lo baten con los pies y con una especie de trillo que arrastran, en el cual hay cuatro hileras de ruedecitas de hierro, que desgranan la espiga, trinchan, desmenuzan y

muelen la paja, dejándola como el tamo de nuestras eras. Encima de este trillo hay un asiento donde se acomodan, dirigiendo la rueda, los yegüeros de este país.

Las eras están al pie del pueblo, que no suele ser grande; y el pueblo al pie del canal, como el niño al pie de la ubre, y las criaturas del pueblo rabosean delante de la puerta de su casa de fango del Nilo, donde la madre cuece la frugal comida de los trilladores.

Los canales son innumerables y se dividen en arroyos y arroyuelos, formando cada cual una malla de una inmensa red extendida sobre el Egipto.

Por aquí veo que se hace del tejado de las casas desván de trastos viejos, donde ponen los cestos y muebles rotos y todo lo que estorba dentro y hasta parte de la paja, como si no fueran bastante pobres y repugnantes de sí aquellas covachas de barro seco.

Nafr-el-Zaïat.

A un cuarto de hora está Saiz, célebre en la historia de Egipto. Guarda entre sus ruínas un muro de 70 pies de altura y cincuenta de grueso. En ella había un monolito que para llevarlo de Elefantina estuvieron empleados, tres años seguidos, tres mil hombres: mas yo no la menciono aquí ni por el muro del templo de Neith, donde se celebraban los misterios de

Osiris, ni por el monolito, sino por haber referido á Solón uno de sus sacerdotes el hundimiento de la Atlántida.

Cairo, 23 Mayo.

El Kâhirah, la victoriosa, puede apellidarse la Damasco de Mediodía y la perla de Oriente. Está sentada á la orilla del Nilo, en la punta del Delta, á los pies de la montaña de Mogattam, donde está situada su ciudadela, que parece tener un pie en los jardines de Egipto y otro en sus desiertos, como para velarlo todo.

Tiene su parte antigua, arabesca, oriental, de calles estrechas y tortuosas, de casas que avanzan sobre la calle, tocándose y formando puente con las de enfrente, de preciosas portadas, y dominado todo por los 400 minaretes de otras tantas mezquitas, la mayor parte de mármol, los más bien torneados, altos, esbeltos y airosos que han levantado los sectarios de Mahoma. Tiene bazares de ropas y muebles, bien que sus productos no tienen la originalidad y belleza de los de Damasco, mercados, cafés á millares, donde los árabes pasan las horas fumando el narghilé, cantando y conversando eternamente, como si no tuviesen nada que hacer; hay 70 baños públicos y 300 fuentes ó cisternas.

Las mezquitas y muchas casas están rayadas de

blanco y rojo, respondiendo á la variedad de gente y de trajes que á sus pies se agitan. El lustroso negro de Nubia, al lado de su amo comerciante del país; el humilde Felláh tostado por el sol, detrás del soldado inglés blanco como un papel y rubio como los bizcochos que se hacen en la llanura de Vich; el aguador con cuba negra y goteando á la espalda; el enviado del cónsul que á caballo hace apartar la gente delante de la carroza, la fellahina vestida de azul y la ciudadana con su manto negro, que le dá apariencias de fantasma.

Heliópolis.

Apenas llegados, fuimos á ver el Sicomoro de la Virgen, aun cuando está á dos horas de distancia. Bellas son las mezquitas del Cairo, altas y grandiosas son las pirámides, mas para nosotros son más bellos y más altos los recuerdos de la Sagrada Familia en la tierra de los Faraones. Jesús, aquel infante que entró en Mathariyeh, en brazos de su Madre, es más grande que todos éllos; más que los Menés, Sesostris y Ramsés y más duradero que las 30 y tantas dinastías de los reyes de Egipto; él de una dedada las borrará todas con sus templos, palacios y ciudades inmensas, de un soplo hará caer sus ídolos, y únicamente por tumba les dejará la pirámide de Khéops.

Al extremo de la calle Mouski se encuentran los